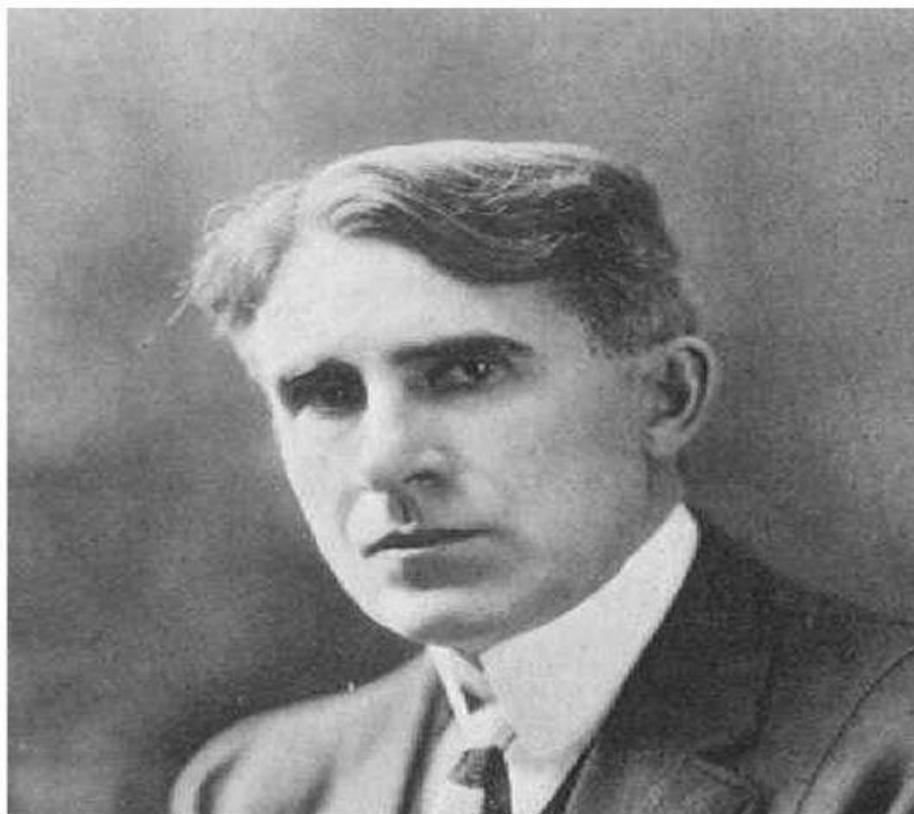


**UNA MUJER INDOMABLE
ZANE GREY**



**UNA MUJER INDOMABLE
ZANE GREY**

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

I

El general Crook y su regimiento de la División Occidental del ejército de los Estados Unidos estaban abriendo una carretera a través del bosque que había junto al -borde de la Mesa Mongolia, sobre la cuenca del Tonto. Llevaban cautivos a muchos indios *apaches*, guerreros, mujeres y niños, a quienes conducían para ser puestos bajo guardia en los terrenos destinados a los indios.

Al llegar la hora del crepúsculo acamparon en la cabeza de uno de los desfiladeros que nacían al pie del borde de la meseta. Era un terreno ovalado que semejava un parque en el que había abundancia de hierba plateada, regada por un arroyo cristalino que se retorció entre los gigantescos pinos. La ruidosa llegada de los soldados con sus caballos y mulas de carga, puso en fuga a una manada de ciervos que trotó a lo largo del desfiladero y se detuvo en ocasiones, con las largas orejas erizadas, para mirar hacia atrás.

La campaña de Crook estaba a punto de terminar, y sus soldados se hallaban muy contentos. Todos ellos bromeaban con los *apaches* de ojos sombríos que se sentaban en el suelo, apretujados unos contra otros, y bajo guardia. Las sillas de montar y los fardos cayeron sobre la hierba, las hachas retumbaron a través del bosque y un humo azulado se rizó entre los pinos bañados por el resplandor del sol poniente.

El general, que jamás había sido muy ceremonioso en cuestiones de servicio, estaba sentado en compañía de un capitán *y* un sargento, descansando después del día de duro trabajo, y esperando la llegada de la cena.

-No sé cómo tomará esto el viejo jerónimo - murmuró Crook.

-Todavía no ha dicho la última palabra ese piel roja -replicó enfáticamente Willis -. Abandonará cualquier día su actitud de reserva, y ese día... ¡tendremos contratiempos y disgustos!

-Me alegro de no haberme visto obligado a matar a ninguno de esos *apaches*.

-Hemos tenido suerte, general. Estoy seguro de que McKinney habrá de quemar mucha pólvora antes de que consiga detener a Matazel y sus valientes. Son jóvenes peligrosos.

-¿Conoce usted a Matazel, sargento? - preguntó Crook.

-Lo he visto. Es un joven alto y fuerte. Es el único indio que conozco que tenga los ojos grises. Dijo que es uno de los hijos de Jerónimo.

-McKinney no tolerará que se burlen de él - añadió Willis -. Esta vez los tiene bien cogidos y dominados. Huett conoce bien esta región. Y seguirá sus huellas hasta hallarlos ocultos en la profundidad de algún bosque.

-Logan Huett es un buen explorador, demasiado bueno para su poca edad. Ha sido muy valioso para la realización de esta campaña. Lo recomendaré a mi sucesor.

-Huett habrá terminado su trabajo como explorador militar cuando concluya esta campaña. Se le echará de menos en el caso de que el viejo Jerónimo salga de su quietud y se ponga nuevamente en pie de guerra. Es un buen escucha. Y el mejor tirador de rifle que he conocido.

-¿Qué va a hacer ahora Huett?

-Me dijo que quería ir a su casa, a Missouri, a pasar una temporada. Tiene allá una amiguita. Pero sentirá pronto la nostalgia del Oeste, *y* regresará inmediatamente.

-No hay duda de que lo hará - añadió el otro oficial -. Logan Huett es de la madera de los colonizadores.

-El Oeste necesita más a los hombres de su clase que al ejército... ¡Hola! Oigo gritos allá arriba.

-Es probable que haya llegado McKinney -dijo Willis mientras se levantaba.

Al cabo de unos momentos llegó al claro un pelotón de soldados. Los soldados llevaban consigo tres indios montados a caballo, y otro que iba a pie y era un joven esbelto, alto, tan derecho como un huso y de aspecto orgulloso. Tales cautivos debían ser conducidos junto a los restantes. El sargento McKinney dijo al general Crook que había aprisionado a Matazel y tres de sus compañeros. Los restantes habían logrado huir a pie. ¿Ha habido tiros? - preguntó el general.

-Sí, señor. No pudimos sorprenderlos y entablaron lucha con nosotros. Tenemos dos hombres heridos, pero no de gravedad.

-Espero que no habrán matado ustedes a ningún indio.

-Que nosotros sepamos, no, señor.

-Diga a Huett que venga.

El explorador y escucha llegó. Era un hombre de alrededor de veintitrés años, de rostro oscuro. En realidad, tenía cierto parecido con Matazel, y era mucho más fuerte y robusto de lo que semejaba a primera vista.

¿Qué informes tiene usted que darme, Huett?

-General, hemos puesto todo nuestro cuidado en atrapar a Matazel con vida - contestó el escucha -. De otro modo, ninguno de los fugitivos se habría escapado... Supuse a dónde se dirigiría la cuadrilla de Matazel, salimos a su encuentro, obligamos a Matazel *y* sus hombres a encallejonarse en un desfiladero y allí los cazamos. Tenían muy pocas municiones, y de no haber sido así, la historia que habría de referirse sobre la refriega sería completamente diferente.

-No rehuya la cuestión principal, como hizo McKinney. ¿Ha muerto algún indio?

-No hemos podido hallar ningún muerto.

-Willis, traiga a ese *apache*.

Unos instantes después Matazel se hallaba en pie ante el general, con los brazos cruzados sobre la desgarrada camisa de ante, con los sombríos ojos inescrutables y fijos.

-¿Comprendes el habla de los hombres blancos? -le preguntó el general Crook.

-No entiendo - replicó hoscamente Matazel.

-General, Matazel le comprende perfectamente, y sabe hablar un poco inglés - dijo el sargento, que conocía a Matazel.

-¿Han matado mis soldados a alguna persona de tu pueblo?

El *apache* negó con un movimiento de cabeza.

-Pero vosotros nos habríais matado -continuó severamente el general.

Matazel hizo un gesto significativo, con el cual pareció abarcar el bosque y los selváticos terrenos inmediatos.

-Hombres blancos roban tierra hombres rojos - dijo con voz sonora -. Acorralan, roban indios. No caballo, no escopeta, no caza.

El general Crook no pudo hallar una réplica adecuada a tal respuesta.

-Vosotros, los indios, seréis debidamente atendidos - dijo al cabo de unos instantes -. Será preferible para vosotros que os quedéis pacíficamente en los terrenos que se os han reservado, donde hay abundancia de comida.

-¡No! - gritó con voz de trueno el *apache* -. ¡Jerónimo dijo ser mejor luchar..., ser mejor morir!

-¡Llévao! - ordenó con el rostro enrojecido el general -. Capitán Willis, de lo que ese indio ha dicho se desprende que el viejo Jerónimo se dispone a levantarse contra nosotros. Ha acertado usted en sus suposiciones.

Antes de que el sargento lo hubiera llevado a otro lugar, el indio dirigió una aguda mirada al escucha, Logan Huett, *y*, estirando una de sus manos, delgadas y rojas, dio un golpecito a éste en el pecho.

-Tú no ser amigo *apaches*.

-¿Qué más quieres, piel roja - preguntó, sorprendido e irritado el escucha -. Podría haberte matado. Pero no lo hice. Obedecí las órdenes que se me dieron..., aun cuando creo que el único indio bueno es un indio muerto.

-Tú perseguir indios como lobo - dijo amargamente el *apache*. Sus ojos de águila se encendieron con un fuego interior provocado por la irritación -. Matazel vivir y saldar cuenta.

Llegó el otoño antes de que Logan Huett fuese licenciado del servicio militar. El escucha se encontró nuevamente en libertad de dirigirse a donde le pareciese conveniente. Y, abandonando aquellos terrenos, con un ligero fardo tras la silla de montar, cruzó el Cibeque y se dirigió hacia las alturas, atravesó la espesa vegetación de manzanita, robles y enebros, y salió a través de la arboleda de cedros y pinos hasta las márgenes del Tonto.

El sendero ascendía gradualmente. El mismo día de su partida el escucha llegó a los pinos y a la carretera que el general Crook había abierto a lo largo del accidentado borde de la inmensa cuenca. Huett miró con renovado interés la meseta. Desde el borde de aquella altura, que se halla situado a unos ocho mil pies sobre el nivel del mar, descendía hacia atrás hasta llegar, a unas sesenta millas de distancia, el desierto. Una de las singulares características de aquella elevación era que abruptamente se hundía en la negra cuenca del Tonto, mientras que por la parte del Sur, los desfiladeros, que se hallaban a tiro de piedra de la cima, corrían en dirección al Norte. A cortas millas de aquel punto había profundos valles herbosos cuyos límites, cortados diagonalmente, estaban poblados de nutridas arboledas. En las zonas próximas a los desfiladeros crecían abundantemente los pinos y los abetos, y en los terrenos despejados y en los pantanosos había bosquecillos de tiemblos *y* espesuras de meples. La región era un verdadero paraíso para la caza. Había sido el terreno de caza favorito de los indios *apaches*, quienes quemaron la hierba y la maleza todos los años.

Más atrás, en dirección al Cibeque, existían varias ganaderías, la más importante de las cuales era la del equipo del Hash Knife, que criaba gran cantidad de reses en las estribaciones inferiores. En el Pleasant Valley, el valle placentero, los ganaderos y los pastores estaban enemistados por cuestiones de pastos. Más pronto o más tarde, sería inevitable que chocasen.

Huett dejó tras de sí aquella región y se dirigió hacia el Este. Viajó descansadamente, acampó en los lugares más agradables, y al tercer día llegó a la cabeza del desfiladero, donde había descubierto la presencia de Matazel y sus compañeros, a quienes condujo ante el general Crook, servicio con el cual había dado prácticamente fin a la campaña.

Huett encontró el lugar en que los soldados encendieron las hogueras del campamento; había unos montones de cenizas grises y blancas sobre la hierba. Pensó en el sombrío Matazel y recordó su amenaza.

En aquel solitario punto Huett se entregó de nuevo a la plenitud de sus sueños. No le había agradado el servicio militar. La vida de las campiñas, la vida que había seguido antes de incorporarse a aquella campaña militar, le satisfacía mucho más. Pero jamás había soñado con ser él mismo un vaquero; las largas cabalgadas, duras y ásperas; los incidentes y los acontecimientos; lo peligroso del trabajo y la aventura, eran cosas que le atraían; pero Huett se rebelaba contra los impróvidos, ruidosos y bebedores patanes con quienes habría de convivir.

El viajero asó carne de pato en las rojas ascuas de su moribunda hoguera. Con la carne, después de haberla salado, unas galletas duras *y* una taza de café, consideró haberse dado un suntuoso festín. En aquellas últimas horas del día otoñal, entre la selva murmurante, Logan Huett se encontró a sí mismo. Anteriormente había advertido la insuperable belleza del claro del bosque, la de los pinos gigantescos y de los abetos plateados, la de los tiemblos, dorados y blancos, de la arboleda, la de los meples escarlata que brotaban en la altura; pero jamás había pensado en todo ello del mismo modo que lo hizo en aquel instante. Se hallaba nuevamente solo. El recuerdo de su proyecto, tan largamente acariciado, se desvaneció bajo el influjo de las percepciones sensoriales. El placer con que comió la carne caliente de pato; el olor del humo de la madera; el incesante cambio de las sombras coloreadas que lo rodeaban; el murmullo del diminuto arroyo; el chocar de las astas de los ciervos sobre alguna rama muerta del desfiladero; el susurro de las copas de abetos; aquella evidencia vigilante de su soledad..., todo esto lo sintió con una vivacidad singularmente extraña y creciente; pero no pensó en nada de todo ello. No supo que formaban parte de la razón de su contento. Jamás estableció una relación entre ello y la vida de sus antepasados o la herencia primitiva que le habían legado.

Durmió vestido, envuelto en las mantas y con una silla por cabecera. Cuando el fuego se extinguió, el frío lo despertó; y hubo de levantarse para alimentarlo nuevamente. A la hora del amanecer, una escarcha fría cubría la hierba. Al hacer un corto recorrido para ir en busca de leña, encontró huellas de oso en un lugar descubierto. Las huellas habían sido marcadas por un oso amarillo. Y un oso amarillo no era el animal que un viajero solitario pudiera acoger con alegría en aquellas zonas.

Huett se puso en marcha muy temprano y se dirigió hacia el Norte, desfiladero abajo. Los ciervos y los coyotes treparon a las alturas atropelladamente al acercarse el viajero. Las copas de los pinos, allá, en la altura de la parte occidental, se tiñeron de oro *y* luego comenzaron a perder gradualmente su brillante tonalidad. Hasta que el sol no alcanzó el fondo del desfiladero, Huett no encontró pavos. Después encontró bandada tras bandada, una de las cuales estaba compuesta por ejemplares de gran tamaño bronceados y blancos, de cabezas rojas y largas barbas, viejos y

lLENOS de experiencia.

La continua vista de la caza resucitó su interés y sus meditaciones por aquel desfiladero que tan bien conocía y al que iba nuevamente a visitar. Por espacio de tres años aquel desfiladero había sido objeto de sus pensamientos.

No estaba seguro de poder internarse profundamente en él aquel mismo día, puesto que se veía precisado a subir y bajar muchas pendientes; cuando hubo recorrido, acaso, una veintena de millas y el desfiladero comenzó a ensancharse y hacerse menos profundo, se dirigió a la ladera y tomó la dirección del Oeste. El avance fue lento a través de la maleza y sobre los accidentados picachos. Finalmente, llegó a otro desfiladero, por el cual siguió avanzando por espacio de varias horas. La mayoría de los desfiladeros más importantes tenían sendas que eran muy poco frecuentadas a lo largo de los arroyos que los atravesaban.

Cuando los gigantescos y plateados abetos que crecían solamente en las alturas comenzaron a escasear y a desaparecer, Huett tuvo la certeza de que llegaba a terrenos bajos y, quizá, demasiado al Norte. Y giró más en dirección al Oeste. El crepúsculo lo sorprendió cuando arribaba a una de las infinitas extensiones herbosas. Acampó allí y halló la noche más cálida que la anterior. A la mañana siguiente se puso en marcha cuando salía el sol.

Alrededor de mediodía, bajo la plena luz del sol, Huett llegó a la altura de un borde del desfiladero que había recorrido tres años antes, hallándose cazando, y dos veces más, posteriormente, una de ellas en los primeros días del invierno. Si se le comparaba con algunos de los grandes valles que conocía, aquél era insignificante. Pero tenía algunas características peculiares, que, sin duda, solamente conocía él, y que le dotaban de un extraordinario interés.

Jamás había viajado por completo en torno al desfiladero ni lo había recorrido de extremo a extremo. La parte a que llegaba encontraba situada en la parte Sur, y le resultaba imposible descender de la altura de los accidentados bordes, desde los que lo contemplaba. Al fin, llegó a la gran cuenca que tan conocida le era. No tenía salida. El destellante arroyo, que brillaba como una cinta, desaparecía bajo las rocas, al pie de la ladera occidental. Huett dio vuelta en torno a la cuenca, que era, según su conocimiento, la pradera de pastos más grande de toda la selva de Mogollón. Era de forma oblonga, de anchura variable, y de muchas millas de longitud. A su alrededor se erguía un muro de piedra caliza, verde o amarillenta, que constituía un cierre de insignificante roca; medio deshecho en algunas zonas, carente de altura, muy pocos hombres lo habrían mirado dos veces.

Mas para Logan Huett aquel cinturón de roca poseía un interés maravilloso. Era una cerca natural. El ganado no podría trepar por ella para huir. La campiña que encerraba era capaz, probablemente, para albergar treinta mil cabezas de ganado sin necesidad de caballistas. Aquel desfiladero había obsesionado a Huett. Allí podría convertirse en realidad su anhelo de ser ganadero; allí le sería posible, sin disponer de grandes recursos económicos, labrarse una gran fortuna.

Huett cabalgó en torno a la zona del Sur y del Oeste, y halló muy pocas quiebras de la cerca natural que hubieran de ser obturadas por medio de otra cerca artificial. Un espeso pinar cubría la vertiente occidental. Apenas a una milla de distancia del bosque corría la carretera que iba de Flagstaff al

pueblecito de Payson, a través de los matorrales del Tonto, hacia el Four Peak Range y hacia Phoenix. Los colonizadores que buscaban campos en que instalarse, pasaban por aquel punto todos los veranos; y ninguno de ellos veía jamás lo que Huett había visto y soñado en tantas ocasiones que era la campiña más hermosa de todo Arizona.

Los *apaches* habían utilizado antiguamente el lugar como punto de caza. Huett encontró cabezas de flechas y trozos de piedra de pedernal, que habían sido utilizados por los salvajes para afilar las puntas de las flechas. El arroyo se retorció y cambiaba de dirección entre las laderas que se estrechaban gradualmente. Unos pinos aislados brotaban en el inclinado terreno que conducía a los profundos charcos azules. El bancal del lado oriental esperaba desde hacía muchos siglos la llegada del colonizador que instalase en él su cabaña de leños. Había una zona de terreno liso, sobre el rápido recodo del arroyo, dotada de algunos espléndidos pinos. Una hermosa fuente brotaba al pie de la ladera. Las huellas de los ciervos y de los alces conducían hasta una abertura ancha del muro de roca. Esta abertura y otra mayor que había en la cabeza del desfiladero eran las únicas quiebras de la mitad superior de la cerca natural.

«¡Volveré! », murmuró con decisión Logan Huett. Y en aquella momentánea determinación no hubo pasión ni fantasías. Tenía ante sí una vida de trabajo. Aquél era el lugar. Y no empleó allí más tiempo, sino que cruzó la llanura que se extendía bajo el bancal y trepó a la ladera occidental. Al llegar a la parte más alta se volvió para mirar por última vez atrás. Su mirada percibió el gran sicómoro, blanco y bronceado, que brillaba entre los pinos. En honor a aquel gran árbol, Huett dio a su futuro rancho el nombre: «Desfiladero del Sicómoro».

La temprana hora de la tarde le hizo concebir la esperanza de llegar antes de la noche a Mormon Lake. La polvorienta carretera conducía a la llanura de una vasta extensión cuajada de pinos; pero Huett no conocía la región lo suficiente para intentar atajar el camino. Poniendo su caballo al trote, con intervalos de paseo reparador, hizo un buen avance.

Un nuevo factor atrajo repentinamente la atención de Logan. Necesitaba una esposa. La vida del ranchero solitario, en los campos silvestres, le atraía profundamente; pero una mujer apropiada podría aumentar de un modo tremendo sus posibilidades, sus probabilidades de éxito sin necesidad de que por ello perturbase su amor por la soledad. En tanto que él destinase las horas del día a su trabajo y a su caza, ella podría entregarse a los quehaceres domésticos y a cuidar la huerta.

Lucinda Baker sería la preferida. Lucinda tenía dieciséis años cuando él salió de Independencia, y era una muchacha robusta, inteligente y juiciosa, y no excesivamente linda. Ella misma le había dicho que le apreciaba más que a cualquier otro de sus amigos. Y, por tal causa, Logan la había escrito en diversas ocasiones durante su ausencia, y sus cartas habían recibido prontas respuestas. Sin embargo, hacía cerca de seis meses que no recibía noticias de ella. Lucinda daba lecciones escolares, según le decía en la última carta, y ayudaba a su enferma madre a cuidar a los pequeños. Logan pensó fugazmente que sería posible que se hubiera casado, o que acaso le rechazase; pero jamás pensó que, en el caso de que le aceptase, él la condenaría a una existencia solitaria en el desierto.

Y, al pensar en Lucinda, Logan recordó que no había vivido mucho en

compañía de mujeres. Sin embargo, Lucinda parecía haberle comprendido siempre. En tanto que cruzaba la silenciosa y sombría selva, Logan recordó a Lucinda con cálido contento.

A la hora del crepúsculo de aquel día Logan llegó al límite del Mormon Lake, el Lago Mormón, que era un terreno fangoso, cubierto superficialmente de agua y rodeado de pétreas escarpas coronadas de arbolado. Hacia el Oeste y el Norte corrían anchas extensiones de terrenos herbosos que abrazaban el bosque. El colonizador mormón que había dado su nombre al lago vendió sus posesiones a un arizoniano y a un compañero suyo procedente de Kansas.

-Tenemos una buena casa aquí - dijo el occidental, Holbert -. Pero entre los lobos del bosque y la dureza de los inviernos, nos desenvolvemos en difíciles condiciones. Ya lo ves: vivimos en campo abierto y a mucha altura.

-¿Hay vecinos? - preguntó Huett.

-Ninguno entre este lugar y el Tonto. Jackson dirige uno de los equipos de allá, abajo, en Clear Creek, que está sobre el Long Valley. Luego tenemos a Jeff y Bill Warner, en el desierto. Tienen una ganadería entre Clear Creek y el Pequeño Colorado. En dirección a Flagg, mi vecino más próximo es Dwight Collin. Posee un rancho muy grande. Después viene Tim Mooney. Más allá de Saint Mary's Lake los colonizadores abundan un poco más.

-¿Ladrones... y cuatreros?

-No, ladrones declarados, no hay - contestó evasivamente Holbert -. Todavía no han llegado cuadrillas de ladrones de ganados a esta parte de Arizona.

-Los lobos se apoderan de tus terneras, ¿eh?

-Durante el pasado invierno me privaron de más de medio centenar de cabezas. ¿Has oído hablar de *Killer Gray*, el matador pardo?

-No..., que recuerde.

-Bien, ya te acordarás de ese ladrón... en el caso de que lo veas. Es un lobo grande de los bosques que tiene la pechera negra. Es el cabecilla de un grupo de congéneres, y con ellos asola esta región.

-¿Por qué no lo matáis?

-¡Hum! Es demasiado listo para nosotros. Tiene una astucia excesiva para un lobo joven.

-Me agrada esta tierra arbolada de Arizona - declaró sinceramente Huett -. Y me propongo instalar un rancho en algún lugar al sur del lago.

-¡Eso es muy interesante! ¿Cómo me dijiste que te llamas?

-Logan Huett. He trabajado para diversos ganaderos antes de servir como escucha y explorador con Crook en su *campana apache*.

Había supuesto que serías soldado - contestó alegremente Holbert -. Bueno, Huett, serás tan bien acogido aquí como las flores de mayo. Espero que no te instalarás demasiado lejos de nosotros. Este terreno es muy solitario, y cuando llegan las nieves invernales tenemos que encerrarnos en la casa por espacio de varias semanas.

-Gracias. Escogeré un lugar situado entre los bosques, donde no haga tanto frío... ¿Podrías venderme algunas vacas y terneras y un toro?

-Lo haría con mucho gusto. Y a muy buen precio, además, porque eso me evitaría el tener que llevar las reses a la ciudad antes de la llegada del invierno.

-Muchas gracias, Holbert. He ahorrado mis sueldos. Pero no me

durarían mucho tiempo... Recogeré el ganado cuando regrese.

-Muy bien. Y ¿cuándo será eso, hijo?

-Antes de que comience a caer la nieve.

Durante todo el día siguiente, mientras recorría el camino que conducía a Flag, la práctica imaginación de Huett resolvió una osada vacilación. ¿Por qué no telegrafiar a Lucinda y decirle que fuese al Oeste para casarse con él? Se resistió a esta idea, la rechazó; pero la idea volvía a él una y otra vez, en cada ocasión con más fuerza y más pujante. La madre de Logan no había sobrevivido durante mucho tiempo a su padre. Logan tenía un hermano y una hermana que residían en Illinois, no sabía con certeza en qué lugar. Por lo tanto, y desde el momento en que a Lucinda no la ataban lazos familiares, no veía las razones para que resultase impolítico que intentara economizar el tiempo y los gastos que habría de ocasionarle su marcha a Missouri. Ya había comprado el ganado y estaba ansioso por adquirir caballos, bueyes, carros, herramientas y armas de fuego y regresar pronto al Desfiladero del Sicómoro. Cuanto más tiempo permaneciese en Flag tanto mejores serían las ocasiones que podría hallar de comprar barato.

Flag era un pueblecito maderero y ganadero que había adquirido cierta importancia desde la llegada del primer tren, unos seis años antes. Había crecido mucho desde la anterior visita de Logan. La manzana más importante del pueblo presentaba una sucesión de cantinas y casas de juego, lugares de los que Logan Huett decidió alejarse. Ya no era un vaquero. Un hombre le indicó dónde había una cuadra, y en ella alojó Logan a su caballo. A continuación dejó el fardo en un hospedaje y se dirigió a una barbería. Cuando salió de ella, ya empezaba a oscurecer. El primer restaurante que encontró estaba regentado por un chino y, evidentemente, era un punto de cita y reunión de vaqueros, de los que la ciudad estaba llena. Logan comió y escuchó.

Después de cenar fue a la estación del ferrocarril, que era una tosca edificación situada en el centro de un cuadrado que daba frente a la calle principal. Resultaba claramente apreciable que se esperaba la llegada de un tren. La estación y su andén ofrecían un vivo espectáculo con la presencia de los vaqueros, los ganaderos, los empleados del ferrocarril, los indios y los mejicanos que se movían continuamente de un lado para otro. Los pasos de Logan se hicieron más lentos y le llevaron ante las oficinas de la estación. Le parecía que el telegrafiar a Lucinda para exponerle su petición de matrimonio de una manera tan brusca y excepcional no sería correcto. Pero intentó rechazar este pensamiento e hizo todo lo posible por recobrar la decisión. No podría perjudicar a nadie con aquel acto que se proponía realizar. En el caso de que Lucinda no aceptase la proposición, él iría a buscarla al Este. Logan se precipitó en las oficinas y envió a Lucinda un telegrama en el que le pedía que fuese al Oeste para casarse con él.

Cuando la suerte estuvo irrevocablemente echada, Logan se sintió aterrado. Se dirigió de nuevo al pueblo e intentó olvidar su descarada audacia hundiéndose en el torbellino del juego, evitando el de la bebida. El alcohol no había atraído nunca con fuerza a Logan, pero estaba omnipresente en aquella hirviente metrópoli ganadera, y experimentó su influencia. Finalmente, regresó a la fonda y se acostó. Se encontraba cansado, lo cual era excepcional en él, y tenía la imaginación completamente trastornada.

La blandura del lecho le produjo un sueño largo y reparador. Logan despertó tarde, se levantó lentamente y se vistió para iniciar los trabajos del día. E inmediatamente recordó, no sin experimentar una conmoción de temor, lo muy importante que aquella jornada había de ser para él, la trascendencia que había de revestir para su vida. Pero no se apresuró a correr a las oficinas del telégrafo. Tomó un abundante desayuno, trabó amistad con un jocoso vaquero de Arizona, y luego, tan temerosa como desganada-mente, fue a ver si había llegado alguna respuesta a su telegrama. El encargado del despacho le dirigió una sonrisa burlona en tanto que le entregaba un sobre amarillo.

-¿Logan Huett? Sí, se ha recibido un telegrama muy importante para usted.

Logan cogió con ansiedad el sobre, tan avergonzado como un escolar; y aquellas manos grandes y morenas que eran capaces de sostener un rifle con tanta firmeza como podrían hacerlo si fueran de roca, temblaron perceptiblemente cuando rasgaron y abrieron la envoltura. Logan leyó más de una vez el breve mensaje: « ¡Sí! ... Si vienes a buscarme. Lucinda.»

Una sensación desconocida se apoderó de él cuando se dirigió hacia un asiento. Luego experimentó un agradecimiento inmenso por Lucinda. Y volvió a leer el telegrama. Lo más importante de todo, lo que daba más intensidad a las emociones del momento era que iba a tener una esposa... a condición de que fuese a Missouri a buscarla. Y lo haría. Pero en su cerebro relampagueó el pensamiento de que si Lucinda había aceptado su proposición debería de haber sido a causa de que verdaderamente le apreciaba, puesto que de otro modo no habría respondido tan inmediata y decididamente a una comunicación tan seca y fría como era la que él le había dirigido; y en tal caso, si Lucinda le estimaba, no habría duda de que accedería a trasladarse al Oeste para casarse con él. Y, hallándose bajo el impulso de la inspiración, se acercó a la ventanilla del despacho y redactó un largo telegrama dirigido a Lucinda en el que expresaba su gratitud y hacía resaltar la importancia y el valor del tiempo, ya que el invierno no estaba lejano; añadía que era preciso hacer economías, que la ocasión que se le había presentado era espléndida, y terminaba con una ferviente súplica a Lucinda para que fuera al Oeste inmediatamente. Logan no se entretuvo en leer nuevamente y por entero el largo mensaje, sino que se apresuró a regresar a la ciudad.

«Tengo el presentimiento de que vendrá... ¡Soy un hombre tremendamente afortunado! », se dijo.

Empleó el día en la tarea de hacer una lista de las muchas cosas que habría de necesitar y de las pocas que podría comprar. Debía tener rifles, municiones, hachas, abastecimientos de boca, mantas, utensilios de cocina, un carro y caballos o mulas. Luego salió del hospedaje para hacer aquellas imprescindibles compras. Los precios fue, ron bastante razonables, lo que le animó mucho. Durante el día encontró a un herrero de Missouri, llamado Hardy, con quien trabó amistad. Hardy había intentado dedicarse a la agricultura, pero había vuelto a su antigua profesión. Este hombre ofreció a Logan un carro, una pareja de bueyes, algunos utensilios de labranza y otros diversos objetos por un precio que Logan pensó que representaba un sacrificio para el vendedor. El trato fue realizado y puso fin a un día que había transcurrido con celeridad.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

